

# UNA EXCURSIÓN NOCIVA

Se despertó radiante aquella mañana de primavera y miró por la ventana, hacía un tiempo espléndido. Se levantó de la cama y fue directo al baño con intención de ducharse. Después de ello se peinó, se vistió y bajó a la cocina para desayunar.

– Buenos días hijo – le saludó su madre – Buenos días mamá – ¿lo tienes todo preparado para la excursión? – Si – y empezó a comerse el desayuno.

En aquél momento llegó su hermano pequeño, que tenía dos años menos que él, saludó, se preparó el desayuno en un santiamén y comenzó a tomárselo.

Ya desayunando llegó su padre. – ¡Buenos días familia! – saludó. Esa mañana estaba contento porque le iban a aumentar el sueldo a causa de que un compañero de su trabajo se había ido y él ocuparía su puesto por ser el mejor trabajador en su sección. – Buenos días – contestaron los demás.

Cuando terminó de desayunar, Fran cogió la cantimplora de la nevera y la metió en la mochila, en un bolsillo lateral. Llevaba lo necesario para la excursión: la comida, agua suficiente, una esterilla, una bolsa de basura para tirar los restos de la comida, un pañuelo en la cabeza junto con una gorra roja por si hacía sol, las botas de montaña y un chubasquero por si llovía. Después llamó por teléfono a su amigo Guille por si se había olvidado de algo y quedó con él para ir juntos al colegio.

El autobús salía a las nueve y media, mientras que su hermano Jaime entraba al colegio a las nueve y lo iba a llevar hasta allí su padre, Federico.

Federico empezaba el trabajo, desde aquél día, a las diez y media en vez de a las ocho. Le encantaba su trabajo, lo único que tenía que hacer era sentarse en la cómoda silla de su despacho vestido con un traje negro o gris y corbata y hacer algunas cosas en el ordenador, ¡y además le pagaban muy bien!

Su madre Marta, en cambio, era médico y empezaba a pasar consulta a las nueve, pero también le pagaban bastante bien.

Ambos salían de trabajar a las cinco y, de esta forma, podían pasar más tiempo con sus hijos.

Fran había quedado con Guille a las nueve menos cuarto en su portal, de modo que se quedó un rato viendo la tele hasta que su amigo llamó por el telefonillo y bajó ya listo para la excursión. – Hola Guille – Hola Fran – se saludaron. – ¿lo llevas todo? – Si, ya me lo ha preguntado mi madre antes de irse y he revisado la mochila, ¿y tú? – También – y empezaron a andar mientras hablaban de la excursión. Cuando llegaron al colegio, eran ya menos cinco, y se juntaron con los que ya habían llegado, que eran bastantes.

La excursión era a un castillo bastante conocido por ser el mejor conservado de su época y por haberse rodado varias películas en él que estaba no muy lejos de la ciudad, se tardaba sobre media hora en llegar en coche y tres cuartos de hora en autobús, como era el caso.

A las nueve y media y los alumnos de tercero de ESO comenzaron a subir al autobús.

Llegó la hora de pasar lista y ¡cómo no!, faltaba un alumno, pero uno de la clase dijo que le había llamado por la mañana y no podía ir a la excursión porque tenía fiebre.

El trayecto desde el colegio hasta el castillo en el autobús se les hizo corto a todos.

Iban con un profesor (el tutor) de cada clase y eran dos clases (A y B). Fran y Guille iban a tercero A, cuyo tutor era Ramón, junto con Alex y Juan, y a Pedro y Santi les había tocado en B. Formaban un grupo de seis amigos, siempre iban juntos y se apoyaban y ayudaban mutuamente.

El Autobús se paró, y a través de las ventanas de éste se veía con claridad el enorme castillo que se erigía ante ellos.

El castillo en sí estaba rodeado por una muralla, que a su vez estaba rodeada por un foso con puente levadizo. Dicha muralla se podía visitar y subir a sus torreones y almenas, y decidimos visitarla.

El foso tenía el agua cristalina, y a través de ella se podían ver algunos peces, algas y demás seres acuáticos.

La muralla era muy larga y ancha, y parecía muy difícil de atravesar. Tenía un torreón cada quince metros más o menos a los que se podía subir. La entrada era la parte de la muralla que más protegida estaba, tenía dos puertas, y en medio un hueco con troneras. En la entrada también estaban las cadenas que sujetaban el puente levadizo y el mecanismo para levantarlo.

Después de visitarla, fueron al castillo que se encontraba en el interior y Ramón y María, los profesores que iban con ellos, cogieron un guía.

El castillo era enorme y muy bonito, por dentro tenía arcos de medio punto y de estilo gótico, pero también bóvedas que indicaban el paso de los musulmanes que hacían un techo de lo más curioso. El guía se lo fue explicando todo a la perfección, incluso se le notaba interés en ello y qué mejor agradecimiento que el que le dieron: su comportamiento fue ejemplar, hicieron todo lo que les dijo y además les interesaba bastante lo que les contaba.

Cuando estaban en la torre del homenaje, la más alta, les explicó que en las torres del castillo se ponían los vigías que avisaban de cuando venían los enemigos y les dejó tiempo para que observaran el paisaje que se mostraba ante sus interesados ojos. Fue entonces cuando descubrieron que el castillo estaba estratégicamente colocado en el punto más alto entre dos valles, y que desde esa torre se veía a la perfección todo el territorio.

Se veía con claridad que el guía entendía de todo eso y sabía mucho sobre ello y nos dijo que si tenían alguna duda durante el recorrido del castillo se la preguntasen.

Después de la torre del homenaje en la cual les explicó muchas cosas más, fueron a la capilla, donde rezaban los caballeros antes de salir al combate, y luego a la iglesia, evidentemente más grande, aunque tenía lo mismo: altar, bancos, imágenes de santos...

Luego visitaron el pequeño palacio que había para cuando llegaban el rey o la reina (o los dos a la vez), que constaba de una gran vidriera delante de la cual

había un trono grande y muy decorado de madera bañada en oro con un cojín de terciopelo rojo incrustado en el respaldo para el rey, y dos tronos igual de decorados pero más pequeños para la reina y el príncipe o princesa. Era una sala grande, con una puerta grande enfrente de los tronos y dos puertas más pequeñas a los lados, preciosos suelos y columnas de mármol y algunas alfombras y cortinas en tonos rojos y marrones oscuros. En la sala también había lámparas doradas de velas.

De las puertas pequeñas, una conducía a un enorme comedor muy lujoso (para la época) y con una mesa muy alargada, un hogar bastante grande y una puerta que conducía a las cocinas reales; y la otra puerta conducía a un pasillo en el que se veían varias habitaciones las cuales dijo el guía que eran para que durmiesen los reyes, reinas, príncipes y princesas de entonces.

Después de ver otros lugares, como un lugar en el que los guerreros guardaban las armas, hicieron una visita a los calabozos. Eran muy grandes y estaban oscuros: el único punto de luz era una pequeña ventana con barrotes de hierro aparentemente muy resistentes y gruesos, capaces de resistir lo que fuera. Los calabozos estaban situados en una de las paredes exteriores del castillo, posiblemente mirando hacia los enemigos, para que si las catapultas al lanzar sus enormes rocas daban allí, muriesen los prisioneros.

Al finalizar la visita fueron a comer a un espacio que había dentro del castillo con mesas y bancos de piedra. Allí al lado había una fuente, de la cual bebieron varios alumnos y el conductor del autobús, que también iba con ellos.

Después de comer les dejaron tiempo para hacer lo que quisieran pero sin salir de las murallas del castillo, aunque dejaban ir a la tienda de recuerdos que había en el aparcamiento camuflado entre los árboles del bosque acompañados de un profesor.

Al cabo de un rato sorprendentemente les dolía la tripa y tenían vómitos algunos alumnos, entre ellos Pedro, y el conductor del autobús, casualmente todos los que habían bebido de la fuente del castillo.

Preguntaron a los vigilantes del castillo de dónde venía el agua de la fuente, y les dijeron que venía de un manantial de las montañas a través de un río. Fran y los demás excepto Pedro, acompañados de Ramón (el profesor) se apresuraron a buscar el río, y cuando lo encontraron vieron que el agua estaba de un color blanquecino y, por tanto, contaminado.

Siguieron el río hacia arriba, sabiendo que el agua venía de un lago que estaba más arriba con intención de averiguar qué era lo que estaba produciendo aquello.

Cuando estaba escribiendo tranquilamente en el ordenador, alguien llamó y abrió la puerta de su oficina. Era Pepe, el padre de Juan, que trabajaba en el mismo sitio que él. – Buenas tardes Federico – Buenas tardes Pepe, ¿qué quieres? – He recibido noticias de la excursión de nuestros hijos. – ¿Buenas? – Me temo que no; me ha llamado María, la tutora de la otra clase y me ha dicho que algunos alumnos y el conductor han enfermado a causa de beber agua de la fuente del castillo... – Federico ya empezaba a poner cara de preocupación, pero Pepe se dio cuenta y rápidamente le dijo: - Tranquilo, que a tu hijo Fran no

le ha pasado nada – Federico cambió rápidamente de cara y le preguntó: – ¿y al tuyo? – Tampoco, de hecho me ha dicho María que ellos dos y algunos más se han ido con Ramón a buscar la causa de ello. También me ha dicho que llames a tu mujer, como es médico y trabaja en el hospital... puede enviar una ambulancia o algo. – No se qué pensar... quizá deberíamos ir al castillo con ellos. – No creo, ya se solucionará. Pero lo que si deberíamos hacer es comunicarles la noticia a nuestras esposas. – Si, esa es una buena idea. – y rápidamente cogieron sus móviles.

Lejos de allí, en el hospital sonaba el teléfono de la recepción del hospital, que cogió la recepcionista: – Hospital Santa Cristina, dígame – hola, soy el marido de la doctora Pérez, ¿se podría poner? – lo siento, pero en este momento está pasando consulta, si quiere puede decírmelo a mí y yo se lo contaré a ella cuando termine. – Dígale entonces que me llame. – De acuerdo, hasta pronto – Adiós.

– Ramón, ¿cuanto falta para llegar al lago? – Preguntó Santi. – Muy poco, ya casi estamos. – Ya llevaban un buen rato andando y algunos de los alumnos estaban cansados, pero si paraban a descansar cada vez que estuviesen cansados, quién sabe cuando volverían a casa.

Fran, Guille y Juan no estaban cansados, puesto que jugaban en un equipo de balonmano y los entrenamientos eran de mucho físico; al igual que Alex y Pedro, que jugaban a baloncesto. Sin embargo Santi y Pedro no estaban apuntados a ninguna actividad fuera del horario de clase.

Esperó hasta que su marido le contestase al otro lado del teléfono: – ¿Diga? – Hola Federico, soy yo. ¿Querías que te llamara? – Si, tengo que contarte algo. En la excursión de nuestro hijo se han puesto enfermos algunos alumnos y el conductor del autobús por beber agua de una fuente que había en el castillo, pero tranquila, entre ellos no está nuestro hijo. – ¡Qué horror! – Sí, y además Fran, Guille y los demás se han ido con un profesor a investigar por qué. – Pues a ver si lo descubren y lo pueden solucionar rápido. – Si, ¿pero tú no podrías ir en una ambulancia o algo e intentar curar al conductor? – Pues la verdad es que tengo bastantes pacientes hoy, pero... bueno puede que si, si llamo a un compañero y le explico lo que ha pasado... a lo mejor acepta sustituirme. ¿Algo más? – No gracias Marta.

Ya hemos llegado. – ¡Es impresionante! – Si pero el agua contaminada estropea todo el paisaje. – Esperad un momento, ¿qué es eso? – ¿De qué estás hablando? – Aquello, si no veo mal es un tubo que está soltando un líquido blanco. – ¡Es verdad!, eso es el causante de la contaminación del río. – Tenemos que denunciarlo. – Ramón cogió el teléfono móvil y marcó los números correspondientes.

– Guardia Civil, dígame. – Hola mire, estamos en el Lago Negro y vemos un tubo que está vertiendo un líquido blanco que ha provocado que enfermaran algunos alumnos en una excursión escolar. – De acuerdo, vamos para allá.

Desde el castillo se oía la ambulancia y cuando llegó, Marta salió corriendo de ella y en un momento estaba atendiendo al conductor. Enseguida se dio cuenta de que esa enfermedad no se iba a curar pronto, y necesitaban trasladarlos

rápidamente a un hospital porque allí no tenía los medios ni las condiciones necesarias para tratarlos a todos, de modo que se apresuró a llamar al teléfono de emergencias.

El SEPRONA se presentó en el lago al poco tiempo de llamar, y al ver el problema se apresuraron a comprobar qué sustancia se estaba vertiendo en él, tomaron muestras y sacaron algunas fotos. Al ver que era una sustancia nociva dieron las gracias a Ramón y sus alumnos por avisarles, subieron en el todoterreno verde a toda prisa y se fueron por un camino entre los árboles en dirección contraria al lago. Ya tenían pruebas suficientes, llevaban tiempo buscando una forma de detener al dueño de una fábrica que había por allí cerca, pero no había forma, nunca había suficientes pruebas; hasta ese momento.

Fueron llegando ambulancias al castillo y Marta fue asignando alumnos a cada una, pero de todas, solo había una de su hospital, porque las demás habían ido a un incendio, y en dicha ambulancia metió a Pedro.

Fran, Guille y los demás, después de tomar unas fotografías, comenzaron a descender la montaña por el camino.

Cuando llegaron al castillo se encontraron con que el conductor no estaba, había pocos alumnos y estaba María con ellos, e hicieron un intercambio de información.

María llamó a la empresa de autobuses y ellos trajeron un conductor para el autobús, con el que volvieron los demás.

Ya en el hospital de la madre de Fran, los seis amigos se volvieron a juntar, y le contaron a Pedro todo lo que había pasado, y él les contó que los médicos decían que se estaba recuperando bastante bien, pero que le faltaba tiempo hasta que pudiese hacer ejercicio.

La noticia se publicó en el periódico del día siguiente y del Domingo, y todos los alumnos de la clase la recortaron y guardaron para nunca olvidar lo que les ocurrió en una “excursión nociva”.

**FIN**

**Juan Arribas Mínguez ● 3º A ESO**  
**Salesianos San Bernardo**  
**Huesca**